

Recordando al poeta Marcelo Vernet (1955 – 2017)

Por: Rolando Revagliatti. 21/03/2023

“Conviví con una comunidad wichi en Tartagal”

Entrevista realizada por Rolando Revagliatti

Marcelo Vernet, a mediados de 2016, aceptó ser entrevistado por mí a través del correo electrónico. Es debido a una enfermedad suya que la nota no pudo desarrollarse como ambos hubiésemos deseado. No nos conocimos personalmente. Habremos conversado por teléfono en unas tres ocasiones. La última fue el 3 de mayo de 2017. Es en enero de 2018 cuando me entero de que había fallecido unos meses antes. Doy ahora a conocer lo que hemos logrado concretar.

Marcelo Vernet nació el 18 de agosto de 1955 en La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires, ciudad en la que residía y donde falleció el 28 de agosto de 2017, la Argentina. En 1983 obtuvo su título de Libretista y Guionista de radio y televisión otorgado por el Instituto Superior de Enseñanza de Radiodifusión (I. S. E. R.). Fue Director de Cultura y Educación (1987-1989) y Director de Cultura y Colectividades (1989-1991), Municipalidad de La Plata, así como Director Provincial de Participación Comunitaria en Seguridad, Secretaría de Seguridad y Justicia, Gobierno de la provincia de Río Negro (julio 2012 / marzo 2013). Coordinó talleres de poesía; de escritura para niños y adolescentes; de enseñanza de la redacción, para profesores de Letras; de técnicas de la comunicación audiovisual, etc., en instituciones públicas y privadas. Dirigió “Hojas de Poesía Fénix” (1978-1979), fue autor de radioteatros, guionista cinematográfico, dramaturgo (“Era lindo Sandokán”, estrenada en 1985; “A saltar la pared”, estrenada en 1989); “Maluco” (en co-autoría con Mario García, estrenada en 1993), redactor en periódicos, productor teatral, coordinador general e impulsor de múltiples iniciativas. Integró —fue tataranieta de Luis Vernet, primer gobernador argentino en las Islas Malvinas— las compilaciones “*La cuestión Malvinas en el marco del Bicentenario*” (Observatorio Cuestión Malvinas, Honorable Cámara de Diputados de la Nación, 2010) y “*Diálogos por Malvinas*” (Embajada Argentina en Londres, 2014). Fue incluido en las antologías “*Poesía 36 autores*” (1999) y “*Naranjos de fascinante música. Poesía contemporánea de amor en La Plata*” (2003). Compiló “*Néstor Mux – Poesía reunida*”

(Ediciones al Margen, La Plata, 2000). Publicó los poemarios “*Último tren*” (2000), “*Don de profecía*” (2005), “*Pasen la voz. Cantar de gesta*” (incluye los dos primeros y “*Razón de ser*”, conjunto de poemas inéditos, 2010) y “*Breviario*” (subtitulado “*Cuaderno de viajes / Álbum de figuritas*”, 2016). En 2016 se editó su libro de ensayos “*La guerra por otros medios. Papeles de Malvinas*”.

1 — Platense “de raza”.

MV — Nací en La Plata en 1955, año fatídico. Y aquí he vivido siempre. A veces, con cotidianos alejamientos por trabajar en tu ciudad. A veces, con más prolongadas ausencias porque el trabajo me llevó demasiado lejos. Pero vivir, he vivido siempre aquí.

En mi niñez tuve la inmensa fortuna de poder ser niño, sin más. Un mundo de afecto y de sentirme cuidado. Lo valoro mucho hoy. Nunca fue un tema recurrente en mi poesía o, al menos, no me lo propuse. Acaso porque la niñez es natural e intensamente poética como para poder ser poetizada con cierta fuerza. Sin embargo, al repasar un poco mentalmente mis versos, me di cuenta que están todos. Mis abuelos. Mi mamá y su larga agonía. Mi papá, mucho. Mi hermano. El jardín de mi abuela. Tal vez el tema del poema es otro, pero necesité encarnarlo en estas figuras familiares que están estrechamente ligadas al corazón de mi infancia.

Mantengo algunos amigos que son de esa época. Es decir, que nos queremos “enteros”, no por la mitad, como decía María Elena Walsh. Con Emilio López Muro y Ludovico Tedeschi hoy seguimos hermanados. Los tres éramos inseparables. Hoy, Ludovico es sacerdote y Emilio, trotskista, militante del Partido Obrero. ¿Y yo? Sigo preguntándome qué voy a ser cuando sea grande. Con otros, nos perdimos en rumbos diferentes. Y están aquellos como Dardo Benavidez, mi amigo entrañable de la primera infancia, a quien secuestraron y asesinaron en la última dictadura.

Mi adolescencia estuvo signada por la pasión. Todo lo transitábamos con una intensidad que difícilmente pueda volver a sentir. El tiempo ayudaba. Estaba en el aire. Cumplí quince años en 1970. Para entonces ya era el poeta de la tribu. Mis versos, escritos en servilletas de papel, apuntes del colegio, reverso de cualquier cosa, circulaban entre amigos y amigas. Tuve una fugaz consagración. En 1969, en la sección “Prosa y Verso” del diario “El Día”, se publicó un texto mío, “Fósforos”. Un poco más tarde, empecé a armar un personaje. Ansiaba que lloviznara para salir con mi gorra gris, una pipa, y algunos amigos a tomar ginebra de noche, en el bar

Rivadavia. Había leído “*Las iluminaciones*” y “*Una temporada en el infierno*”, de Arthur Rimbaud. También una novelita, no recuerdo el autor, “*El día en llamas*”. Una mala biografía de Rimbaud. En fin, me gustó jugar al poeta maldito. Pero no era muy maldito ni muy poeta. Canalicé un poco esta vena en el rock, que crecía con fuerza. Fue una gran alegría que algún poemita mío terminara siendo una canción que interpretaba una banda de amigos.

En lo literario, y más, me han quedado de esa época dos grandes amistades que marcaron mi vida y mi escritura: Antonio Machado y Hugo Anad. A Machado lo había conocido gracias a Joan-Manuel Serrat. Pero recuerdo particularmente mi cumpleaños de quince. Me regalaron, entre varios, una edición de Losada, tapa dura, con una selección de poemas de Antonio Machado. “*Al más poeta del grupo*” decía la dedicatoria. No lo llamaría un deslumbramiento. Fue algo más insondable. Fue el inicio de una serena “*conversa*” que hoy continúa. Juan de Mairena ha sido, sin duda, mi maestro. Más allá del estilo, descubrí en Machado una vocación profunda para mi oficio: tratar de hablar con voz humana. Sencilla, íntimamente. De entre los nuestros, bastante después, fue Néstor Mux el que reforzó en mí esta búsqueda. Me enseñó mucho. No necesariamente aprendí.

En cuanto a Hugo Anad, fue mi profesor de Literatura en quinto año del bachillerato. Era 1973. ¡Qué año! Cuarenta y tres años después, sigue siendo mi profesor. Cada vez que escribo algo, lo primero que advierto es deseos de que lo lea Hugo. Ahora, con el correo electrónico es más fácil. Termino de redondear un texto y va el correo para Hugo. Tuve el privilegio de conocer a un Juan de Mairena de carne y hueso, al final de mi secundaria, en el Colegio San Luis. Y hoy, Don Antonio y Hugo se mezclan en mi corazón.

2 — En efecto: 1973: ¡qué año!...

MV — Como para tantos argentinos fue un año clave, una bisagra. Venía de grupos de Iglesia. Medellín, la Iglesia Latinoamericana. Un poco de la Teología de la Liberación (de ojito), Hélder Câmara, la Biblia Latinoamericana, los primeros balbuceos con la “*Pedagogía del oprimido*” y “*La educación como práctica de la libertad*”, de Paulo Freire. En julio de ese año conocimos al obispo Enrique Angelelli en la provincia de La Rioja. Hacía poco había asumido Héctor José Cámpora la presidencia de la Nación. Fue impactante tratarlo e imbuirnos de la experiencia de la Iglesia riojana, de CODETRAL, la cooperativa agraria que impulsaba la Iglesia. La lucha por la expropiación del latifundio Aminga. Ese verano, 1974, volvimos algunos

a La Rioja ya para quedarnos un tiempo prolongado. Una tercera en 1975. Lo que era de papel se encarnaba, luminosamente. Acompañamos al Padre Obispo a una “*confirma*” en Vichigasta, el santo patrono del pueblo era San Buenaventura. Trabajamos un tiempo en “La Estrella”, una parcela donde se cultivaba de todo. Recuerdo las sandías más grandes que haya visto en mi vida. En Sañogasta conocimos a Wenceslao Pedernera, a Coca, su esposa y sus tres hijitas. Teníamos que construir un comedor comunitario en la parroquia. Wenceslao, el Caudillo, como le decían, era nuestro maestro y paciente capataz. Con él aprendí a hacer el pastón, a encofrar; con él aprendí el valor de una vida íntegra, de un compromiso sin estridencias, pero de amor total a sus paisanos. Era bueno con la vid, con la nuez, con lo que fuera. Era un caudillo de los trabajadores agrarios, sin duda. Supe después que en julio de 1976 un grupo de tareas fue de noche a su casa. Golpearon la puerta y cuando Wenceslao salió, lo mataron de diez balazos delante de su mujer y sus hijitas. Conocimos a los sacerdotes franceses Paco Dalteroch y Andrés Serieye, que habían llegado a la diócesis de La Rioja, al impulso de la Teología de la Liberación; en Famatina, a las Hermanas que habían fundado el primer sindicato de empleadas domésticas (ellas mismas ejercían ese oficio); al Padre Agueda Pucheta, que, en 1972, en la capilla de San José de las Campanas de su parroquia de Famatina, había recibido una tremenda paliza. Los dueños de la tierra tienen su propio dios.

Cuando a fines del ‘75 escribí para avisar que iba para allá en el verano, recibí una carta que en lenguaje cifrado me sugería que no fuera hasta que me avisaran. Nunca llegaron a avisarme: antes llegó la muerte. Al obispo Angelelli lo asesinaron, al igual que al Padre Carlos de Dios Murias y Gabriel Longueville. Wenceslao, asesinado. Paco y Andrés lograron escapar a Francia.

En 1974 había ingresado a la Universidad de La Plata, inscripto en dos carreras: Antropología, en el Museo de Ciencias Naturales, y el Profesorado de Letras en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Para mí, la principal era Antropología. Y esto, Antropología Cultural, motivado por mis viajes a La Rioja, que se extendieron a las provincias de Catamarca, Jujuy, Salta y una breve convivencia con una comunidad wichi en Tartagal, en la Misión San Benito, que por entonces dirigía un sacerdote jesuita.

Como muchos de mi generación fui pasando de los grupos de iglesia a la militancia política. A fines del verano de 1975 decidí ingresar a la Juventud Universitaria Peronista (JUP), en la Facultad de Humanidades. En ese primer grupo

conocí a mi esposa, María del Valle. Fueron años de vértigo, de esperanza compartida, de una profunda vivencia del compañerismo, de alegría y euforia, por momentos, de dolor. Pasé a la JUP de la Facultad de Ciencias Naturales, donde participé de la militancia universitaria. Las asambleas, el Centro de Estudiantes, la Lista Azul y Blanca. Después de unos meses volví a Humanidades. La situación se complicaba cada vez más. La historia es muy conocida. En marzo de 1976, el golpe de estado. Para fines de ese año la masacre era ostensible y extendida, ya muchos compañeros y compañeras habían sido chupados o asesinados en la calle, en supuestos enfrentamientos. Hay tantos nombres, tantos rostros queridos. Debo mencionar algunos. Nombrarlos. Juan Miguel Iglesias: habíamos hecho juntos el recorrido de los grupos de iglesia a la política. Era un amigo entrañable. Lo secuestraron en La Plata, en febrero de 1977. Le debo la vida. Años después, con su madre, pudimos reconstruir su calvario hasta que lo asesinaron. Elsita Nocent: venía de una profunda vivencia cristiana, que seguía practicando con naturalidad. Siempre dispuesta a servir, a brindarse. La última vez que la vi con vida fue hacia fines de 1976. Un día de primavera, tan lindo. Nos dimos una cita en la localidad de Gonnet, en la República de los Niños. Estaba demacrada, hacía varias noches que dormía en cualquier lado, en baños públicos. No era la única. Cuando caía un compañero que conocía nuestra casa, nos íbamos, por seguridad. Pero ya a esa altura, muchas veces no había dónde ir. Fue inútil tratar de persuadirla para que se vaya de La Plata. El Brujo (Eduardo Valentini), fue mi primer responsable. Un compañero que no olvidaré mientras viva. Lo acribillaron en diciembre de 1976. Daniel Favero (Severino): fuimos compañeros de militancia y, durante unos meses de 1976, también de trabajo. Era fuera de La Plata, viajábamos mayormente en tren. No olvido nuestras charlas en el viaje. Era un buen poeta y buen cantor. Releo con asiduidad sus poemas que, felizmente, se salvaron y fueron editados. La última vez que lo vi fue en algo parecido a un festejo de Navidad en diciembre de 1976. Lo había invitado a comer pizza en El Ceibo, un boliche que estaba en Plaza Italia. Fui con María. Por más que hubiera vino era difícil brindar. Estábamos rodeados de muertes y desapariciones cercanas y queridas. Hacía un tiempo que no nos veíamos. Hablamos, un poco en susurros, de la situación, del futuro. Le manifesté que nos estaban cazando como a patos, que nuestros movimientos eran previsibles, que las citas de seguridad, en numerosas ocasiones, eran trampas caza bobos. En fin, no tiene importancia. Pero sí su respuesta. Me escuchó con el afecto de siempre. Me contestó: *“Aunque yo supiera que soy el último, y no hay ninguna esperanza, no me iría. No podría irme. Por mí. Por los compañeros muertos”*.

Recuerdo con demasiada frecuencia su respuesta.

3 — ¿María es de La Plata?

MV — Era de Jujuy y se fue para su casa. Yo anduve yirando. Yendo y viniendo de La Plata. Con todo, en febrero de 1977 hice las locuras más grandes, sobre todo por la situación de Juan Miguel Iglesias: había caído una casa que lo involucraba directamente. Creo que, además de la amistad, necesitaba demostrarme que no era el miedo, simple y natural, lo que guiaba mis decisiones. A lo largo de mi vida tuve varias veces situaciones riesgosas; muchos años de trabajo en Seguridad me las brindaron. Las encaré con cierto alegre coraje, para demostrarme que no fue por miedo. Aún no me lo demostré. Tal vez, cuando vea a la muerte cara a cara lo converse con ella. En marzo de 1977 me fui a Jujuy a encontrarme con María. Todo ese año estuvimos parte en Jujuy, parte en La Plata, enclaustrados, desvinculados de la militancia. Años después me enteré que a Daniel Favero y su compañera, Paula, los habían asesinado en la puerta de su casa, a mediados de 1977.

Me he demorado en estos pocos años, de 1973 a 1977, porque marcaron mi existencia y buena parte de mi poesía. La que escribí durante esos años quedó inédita y extraviada. Aquellos versos eran para ser dichos, para que vivieran en el aire. De hecho, los llamaba “*canciones*”, aunque no tuvieran música. Armaba libros, a veces manuscritos o tipiados a máquina, con tapa, encuadernación de ganchitos, ilustraciones. “Canciones para la Patria pequeña y otras canciones”, “Canciones rengas y monólogos forzados”. En fin, Miguel Hernández, León Felipe, Nicolás Guillén, sonaban en mis versos. Pero así fui forjando un lenguaje y un tono propio, apenas balbuceado.

Papá había muerto en mayo de 1977, en medio de angustias y temores. Antes había fallecido en Jujuy el padre de María. Entre 1978 y 1983 tratamos de rearmarnos y ganarnos la vida. Varios oficios fugaces: fletero en el Mercado de La Plata, operario en la fundición de una fábrica siderúrgica... Pero lo central fue que con María abrimos una vinería y, después, un kiosco. Lo destaco porque esos negocios se transformaron en el ámbito natural de reuniones de un pequeño grupo “literario” (las comillas son apropiadas). Con nosotros, principalmente, Gustavo Bruno y Guillermo Eduardo Pilía. Es que parte del rearme de vida fue volver a cursar Letras. No funcionó. Pero me relacionó con jóvenes que iniciaban la carrera. Yo era un forastero en ese mundo. Nos separaban, apenas, cuatro años de edad. Ellos

fueron muy generosos conmigo. Pilía era el más activo. Nos vinculaba con otros grupos. Recuerdo a Carlos Barbarito y, muy especialmente, a Julio Parissi y sus bellos dibujos. Una persona luminosa. Etapa, aquella, alegre y sanadora. Hablar de poesía hasta muy tarde en la noche. Descubrir a Saint John Perse, a Cesare Pavese y su “*Lavorare stanca*”, Giuseppe Ungaretti, Salvatore Quasimodo, Georg Trakl y su oscura belleza. Leía mucho, escribía mucho. Y los proyectos, un poco de estudiantina. La publicación de “Hojas de Poesía”; la revista “Fénix”, en la que tanto trabajamos, sin siquiera poder socializar un número 0. Los poetas de la ciudad: Norberto Antonio, Patricia Coto, el Grupo Latencia, César Cantoni, Osvaldo Ballina. Por supuesto, Néstor Mux. El encuentro con los maestros de nuestra ciudad. Horacio Castillo y su interminable generosidad. La apertura del Ateneo de Estudios Humanísticos “Per Abat”, con Guillermo Pilía, fue uno de los últimos emprendimientos de ese tiempo. El nombre extenso y un poco pomposo intentaba disimular nuestra extrema pobreza. Dirigí el taller de poesía. Mis dos primeros “alumnos” (las comillas son necesarias) fueron dos muchachitos que empezaban la carrera de Letras: el poeta Mario Arteca y el novelista Esteban López Brusa. Cada tanto me los cruzo en la ciudad. Ellos dicen estar agradecidos. Yo digo que soy un hombre afortunado. Transité con entusiasmo ese mundo, aunque siempre un poco de afuera. Lo balconaba.

En enero de 1981 nos casamos con María, en la Iglesia San Francisco de Asís, de La Plata. Al poco tiempo nació nuestra primera hija. Tuvimos seis hijos: María Clara, José Luis, Francisco, Marcelo, Joaquín y Ezequiel. Hoy se han sumado ocho nietos. Tan lindos. En 1982 cerramos los negocios e iniciamos una empresa de fabricación de ropa para chicos. María había trabajado en un taller como costurera y se daba maña. No nos fue muy bien.

4 — ¿Y con la reapertura democrática?

MV — Empezó otra etapa. Entre 1983 y 1992 estuve vinculado a la Municipalidad de La Plata. Entré al Concejo Deliberante como Relator de la Comisión de Cultura. Un amigo de la época de los grupos de Iglesia, José Matías Arteaga, era ahora concejal por la Unión Cívica Radical y presidente de la Comisión de Cultura. Podía nombrar al Relator. Se enteró de cómo andaba y me llamó. Fue generoso. Sólo me pidió que no abriera mucho la boca. Eran puestos para militantes. Un poco deshilachado por toda la historia transcurrida, yo me seguía sintiendo peronista. Es más, había cometido la estupidez de votarlo a Ítalo Luder. Con María y Clarita en brazos habíamos concurrido al *famoso* acto de la quema del

“cajón de Herminio”, el ataúd con las siglas de la UCR, llevado a cabo por Herminio Iglesias. Pasó muchas veces en la larga historia del Peronismo, lo mejor estaba en la calle, no en el palco.

A fines de 1987 asumió Pablo (Pebe) Pinto (UCR) la intendencia de La Plata. Me hizo llegar a través de algunos amigos su ofrecimiento de ser el Director de Cultura. Nos conocíamos bien. Yo dudé mucho. Una cosa era ser empleado en el Concejo Deliberante y otra ser funcionario en una gestión radical en la que, por otra parte, tenía varios y queridos amigos. Yo estaba entusiasmado con la Renovación Peronista y la figura de Antonio Cafiero. Un poco de aire fresco. Lo había votado para Gobernador. Se produjo la reunión en que tenía que contestar el ofrecimiento. Había decidido ahondar en un tema que ya no era un secreto, mi no pertenencia al radicalismo y ver qué pasaba. Arranqué por ahí. Breve, mi filiación política, mi voto a Cafiero, en fin, lo que pensaba que era un gesto de honestidad que me enaltecía. Creo recordar textualmente su respuesta: *“Pero vos sos boludo: ¿yo te pregunté de qué partido eras o a quién habías votado, o si querías ser Director de Cultura?”* Me quedé callado, un instante. Le contesté: *“Sí, quiero ser Director de Cultura”*. Eso fue todo. Le voy a estar siempre agradecido. Fueron, desde lo laboral y más, los cuatro años más felices de mi vida. Pude trabajar con una libertad y un respeto absoluto. Era joven, treinta y dos años, pero había vivido muchas experiencias. Volví a sentir cierta euforia adolescente, con la diferencia de que las ideas y proyectos podían encarnarse, incidir en la realidad concreta de mi ciudad y su gente, con todas las limitaciones y contingencias de los proyectos cuando se materializan en las asperezas de la realidad. ¡Qué alegría esos años! Todos los días eran una aventura. Prácticamente vivía en el Centro Municipal de Cultura, el querido Pasaje Dardo Rocha. No se trataba de un desmedido apego al trabajo o un exceso de responsabilidad: lo disfrutaba. Volvería a efectuar esa labor, pero me faltaría fuerza física. Es un trabajo humilde y un poco embrutecedor el de Director de Cultura. Uno se lo pasa viendo que el baño esté limpio, que no falte la bombita de luz, que la camioneta llegue a la plaza con el sonido para los titiriteros. Persiguiendo los expedientes para que cobren los artistas, procurando recursos. Mayormente, veía la obra de teatro entre bambalinas. Pero hablé con mucha gente, escuché a mucha gente. Evoco con especial cariño la creación de la Escuela Taller Municipal de Arte. Fue una épica. Tantas compañeras y compañeros se entusiasmaron y ayudaron a que se concretara y consolidara.

De la gestión de Pinto no voy a emitir un juicio de valor, fui parte de ella. Pero sí un comentario. Creo que fue la última gestión municipal que, al menos, intentó

representar a los vecinos sin ser la mediadora o la rehén de los poderes reales de la ciudad. Esto le valió un curioso récord que podría constar en los *Guinness*. Durante los cuatro años que duró su gestión no salió una foto suya en el diario “El Día” de La Plata. A fines de 1991 volví a mi puesto en el Concejo Deliberante. Estuve un tiempo allí, pero sentí que mi etapa municipal había terminado. Me fui con un retiro voluntario a tratar de vivir de mi oficio. Esto fue posible, también, porque desde 1984 habíamos iniciado con María un “emprendimiento gastronómico”, para decirlo un poco pomposamente. Empezamos haciendo sándwiches que vendíamos en las oficinas. La cosa fue creciendo. María es muy buena cocinera, no de academia sino de la escuela familiar en Jujuy. Hasta hoy sigue esa empresita familiar, *Mazamorra*, cuyo producto más representativo son las empanadas. Es mi libertad. En torno a ella vivió y creció mi familia y las familias de mis hijos. María es como Petra Cotes, el personaje de “*Cien años de soledad*”, pero laboriosa. Yo hubiera querido ser Aureliano Segundo, pero no se dio.

5 — Fuiste co-fundador de otra empresa.

MV — A fines de 1993, con Hugo Anad y otros amigos, iniciamos “Imaginaria Producciones”, una empresa de comunicación multimedia. Mi función, conforme a las denominaciones en este tipo de órbita, era la de Director Creativo. Hicimos televisión, gráfica, publicidad. Nos especializamos en comunicación institucional, en particular con el Sindicato de Luz y Fuerza Mercedes y la Federación Argentina de Trabajadores de Luz y Fuerza (FATLYF), pero los clientes fueron muy variados. Esto me posibilitó un sólido entrenamiento. Adentrarme, entender e interpretar mundos y organizaciones de muy distinta naturaleza. Yo decía en broma que mi profesión era “*especialista en temas de la humanidad*”. Escribía todo el día, de todo. Guiones, revistas, afiches, consignas. Escribir una buena consigna es, finalmente, una tarea poética. Ricardo Ocampo, mi compañero de todos los trabajos y amigo tan cercano desde entonces, y Alfredo Núñez, que tanto extraño, fueron parte, entre otros, de ese lapso laboral que se prolongara, con intermitencias, hasta el 2005, 2006.

6 — ¿Y “Último tren”?

MV — Por esa época lo empecé a escribir. Fue una larga gestación. Nunca había dejado de escribir mis versos. Siempre seguí con la costumbre de lanzar mis ediciones de uno o dos ejemplares y de recitar mis poemas en asados o encuentros más formales: “El libro de la ternura” (1977); “Magia cercana” (1978); “Cotidianamente nocturno” (1979), que salió parcialmente editado en las “Hojas de

Poesía”, de circulación casi clandestina, que publicábamos con Bruno y Pilía; “Equinoccio” (1980 – 85), que reunía varios corpus en un todo que pretendía ser orgánico; “Tangos” (1989 – 90), que bien podría llevar el subtítulo “Ejercicios sobre Cesare Pavese”. Parte de esta producción se la llevó (lo que no es tan grave) la extraordinaria inundación del 2 de abril de 2013, que como bien sabés, afectó a mi ciudad y a localidades cercanas.

“*Último tren*” era una continuidad natural de lo que te cuento, pero distinto. La desolación del menemismo era absoluta. Todos nuestros sueños habían muerto o agonizaban, como agonizaba el país. Todavía no se había manifestado abiertamente su cara más cruel y todo transcurría en una falsa alegría de kermese grotesca. Sentía una necesidad profunda de intentar ser la voz de mi generación, de mis compañeras y compañeros muertos. De rescatar una última y pequeña esperanza. Así nació “*Último tren*”. En 1998 empezó a circular de una manera sorprendente para mí. En fotocopias, correos electrónicos que terminaban en impresiones de computadora, aún no estaban las hoy famosas redes sociales. Algunos lo pasaban de mano en mano. Por ejemplo, mi amigo y compañero, el actor Ricardo Gil Soria: andaba con una copia en su morral y lo recitaba con su voz sonora donde cuadrara. En 1999 se funda la editorial municipal La Comuna, que dirigían el novelista Gabriel Bañez y el poeta Osvaldo Ballina. La editorial se lanzó con una antología de poetas platenses, “*Poesía. 36 autores*”, al cuidado de Ballina, quien incluyó un fragmento de “*Último tren*”. Así finiquitó, parcialmente, mi larga y fecunda etapa de poeta inédito. Yo afirmaba que era el mejor poeta inédito de La Plata. Y que la relación entre los términos era directamente proporcional: cuanto más inédito, mejor poeta.

Pero mi etapa inédita concluyó definitivamente al año siguiente, con la edición de “*Último tren*” en Ediciones al Margen, de Raúl Ordenavía, el querido Gurí. En la portada, una muy buena foto de Alfredo Núñez; en la contratapa, un texto conmovedor de Néstor Mux, porque partía de su situación personal en cuanto a la escritura (estar callado, sin publicar, durante más de quince años) para abordar desde allí el poema. Guillermo Pilía presentó el libro señalando que había escuchado mi poesía mucho antes de leerla. El libro estaba dedicado a Juan Miguel Iglesias, su madre estaba presente entre el público, mayoritariamente amigos, como suele pasar, felizmente. Empezaba el nuevo siglo. Tenía cuarenta y cinco años, un poco grande para debutar.

Lo de Ediciones al Margen y el Gurí Ordenavía, no fue simplemente publicar

mi primer libro. Desde 1992, para despuntar el vicio que me había quedado de la Dirección de Cultura municipal, impulsé o participé de emprendimientos y proyectos culturales en la ciudad. Primero fue el Centro Barrial de Cultura Casa Amarilla, una casona antigua y con historia, que alquilamos en la esquina de 38 y 121, barrio de los Stud. Participaron, entre otros, los ceramistas “Ojito” Álvarez y Pancho Bilbao. La noche de Navidad de 1991, Ojito Álvarez se mudó a la Casa Amarilla y arrancamos. Llovía torrencialmente. Llovía más adentro de la casa que afuera. Lo de “Casa Amarilla” era por Vincent Van Gogh y su vivienda de Arles. Un refugio para artistas pobres y un poco desahuciados, como nosotros. El proyecto inicial fue sufriendo mutaciones y se prolongó bastante, empalmando con otro emprendimiento, el C. I. D. (Centro de Identidad y Desarrollo de la Región Cultural del Río de La Plata), que fijó allí su sede en el 2000. En el CID confluimos amigos y compañeros, con distinto grado de involucramiento. Principalmente Lalo González, el Gurí Ordenavía y yo. Nos interesaba, en particular, el desarrollo de industrias y productos culturales con fuerte identidad regional. Almanagues con la historia de la quema del Año Viejo en La Plata y un registro de la producción del año 2000; postales; rescatar la historia de la fábrica de caramelos Euskalduna y sus trabajadores (la fábrica había funcionado en nuestra Casa Amarilla hasta que cerró). A partir de un proyecto que lanzamos, se fueron sumando varios escritores, artistas plásticos, músicos, entre otros, el poeta Carlos Aprea. Se trataba de “La Revista Oral Macedonio Fernández”, que desde el CID proponíamos, justamente, como una contracara necesaria a la cultura mediatizada. Básicamente seguía el modelo de la Revista Oral que lanzara Alberto Hidalgo en la Royal Keller en 1925. El nombre de Macedonio estaba ampliamente justificado por la centralidad que tuvo su participación en la primigenia Revista Oral. Pero también sentíamos una profunda admiración por Macedonio. Y en la amistad de Raúl Scalabrini Ortiz y Macedonio Fernández se nos prefiguraba una patria posible. En esos años empezaba a soplar un airecito raro, con olores de fin de mundo. La iniciamos en la Casa Amarilla, que tenía un bar amplio. Como la primitiva Revista Oral, se anunciaba a viva voz señalando el año y el número de la revista. Tenía secciones: entre otras, “La ciudad de los poetas”, “Pensando en voz alta”, “Anticipos verbales”, “Visitantes”; por supuesto, la Editorial. Cuando estábamos en Casa Amarilla, María solía cocinarnos algo sustancioso para acompañar tanta oralidad con algo sólido. Era la sección Gastronomía, la más festejada por los escuchadores. En el cierre, una sección fija: “El conversatorio”, promovía el viejo y cada vez más olvidado arte de la conversación. Un artista plástico, mientras se desarrollaba la revista, hacía la tapa, que era lo único que quedaba de la Revista,

más allá de lo que cada uno guardara en su memoria o en su corazón.

Cuando la Revista Oral cumplió diez años, el Gurí Ordenavía escribió un pequeño texto: me agradecería compartir un fragmento:

“... Pasaron por ella las palabras de poetas, políticos, viajeros, críticos, escritores, investigadores, actores, titiriteros, músicos, pintores, militantes, maestras y niños. Pasaron diez años. Solo ha quedado, como debe ser, a su razón ser, algunas tapas, un par de voces grabadas, recuerdos de relatos, de un titiritero en las montañas de Venezuela (Eduardo Di Mauro), de un músico enseñándonos a oír a Piazzola (Guillermo Anad), de un compañero contando la noche previa a la Masacre de Margarita Belén (el hermano del Pato Tierno), de un italiano cantando canciones partisanas (Bruno Groppo), y los escuchadores y la mística de esta revista que propone el cara a cara, el vino compartido, el conversatorio, el escucharnos, el encuentro. Imposible nombrar a todos. Es posible tirar algunos, pero sólo como quien tira veinte centavos en la ranura: Carancho Ramírez, Enzo Traverso, Noé Jitrik, Horacio Verbitsky, Mario Goloboff, Néstor Mux, Osvaldo Ballina, Bruno Groppo, Ricardo Gil Soria, Bosquin Ortega, Oded Balaban, Tununa Mercado, Augusto Denis, José Luis de Diego, Luis Lugones, Estela Giovanelli, Mónica Muller, Ernesto Jauretche, Jorge Sagastume, Liubo Nikolob, Graciela Falbo, Daniel Dalmaroni, Carlos Aprea, Florencia Basso, Gloria Antonioli, Graciela Gutiérrez Marx, Daniel Maza, Rodolfo Mattarollo, etc, etc. Lugares, los que se fueron dando. La Casa Amarilla, el Círculo Andaluz, bares varios, La Casa del Poeta, la Casa del Pueblo, la casa de una amiga, Bibliotecas Populares, todos en La Plata. El Tortoni, en Buenos Aires; el bar La Vaca Atada y el Museo de Medios de Comunicación, en Resistencia, Chaco; La vieja Estación, en Ensenada”.

Ediciones Al Margen y el Gurí Ordenavía ocupaban un lugar central en la vida del CID y sus proyectos. En este contexto empujó decididamente la edición de “Último tren”; y yo muy feliz, aunque me hacía un poco el gil para sostener mi prestigio de mejor poeta inédito.

7 — ¿Y más o menos en paralelo a esta historia...?

MV — Se fue desarrollando otra, totalmente inesperada para mí y que marcó buena parte de mi vida desde entonces. En diciembre de 1997 se resuelve la intervención de la Policía de la provincia de Buenos Aires. Luis Lugones es nombrado Interventor. Yo lo conocía porque era amigo y compañero de militancia de

Hugo Anad en la Agrupación “Liberación Nacional”. Unos días antes que la noticia fuera pública, Hugo Anad me la adelanta en confidencialidad anunciándome que él era de la partida y ofreciéndome acompañarlo; nuestra responsabilidad central se vincularía a la comunicación institucional de la Intervención y el manejo de prensa que, sin duda, iba a ser complejo. Acepté.

Entre Navidad y Año Nuevo de 1997 crucé por primera vez las temidas puertas de la Jefatura de Policía en la calle 2. Ese día, no imaginé que el tema de las políticas públicas de Seguridad iba a ser mi trabajo y mi pasión por muchos años.

8 — En un mail aludiste a que estás involucrado en un proyecto.

MV — “Cuidadores de la Casa Común”, basado en la carta encíclica “*Laudato si*” del Papa Francisco. Hemos conformado una red de más de diez organizaciones comunitarias que venimos trabajando con pibes de gran vulnerabilidad psicosocial, inmersos en situaciones de violencia y, muchas veces, delictivas. Hace años que mi trabajo se ha vinculado a esta temática (tanto en Seguridad como en Niñez y Adolescencia). La red nuclea a organizaciones de distintos puntos del país: Clorinda, Santa Fe, Paraná, Victoria, Río Tercero, Lomas de Zamora, Almirante Brown, Mendoza, Viedma y La Plata. Nuestro propósito central es generar trabajo digno para estos jóvenes en tareas vinculadas al cuidado de la Casa Común (trabajo con la tierra, generación de energías no contaminantes, reciclado de residuos y servicios de cuidado del medio ambiente y concientización de la comunidad). Iniciamos con ellos un itinerario pedagógico que pretende ser integral. Además de las tareas organizativas que implican la búsqueda de recursos, la elaboración y presentación de proyectos, etc., estoy especialmente dedicado a la elaboración de un Manual de Formación para Educadores de la Casa Común (soy el poeta de la tribu y este tipo de funciones me las suelen enchufar a mí). No me quejo. Pero no es una tarea sencilla. El Manual se va haciendo en paralelo con experiencias, sufre permanentes modificaciones de estructura, contenido, terminología. En fin, apasionante. Pero tengo que terminarlo. Por momentos, el avance del proyecto va más rápido que mi escritura.

Con menor intensidad sigo ocupándome del tema Malvinas. Desde mediados de 2014 hasta fin de 2015 fue mi tema casi excluyente. En este caso, coincidía, también con mi trabajo, es decir, me ganaba el pan. Hasta diciembre fui asesor de Daniel Filmus en la Secretaría Malvinas. Mi tarea estaba centrada en promover investigación y todo lo referente a comunicación y cultura. Por supuesto, escribir.

2016 fue exigente en cuestiones de trabajo, por circunstancias que se fueron dando, algunas vinculadas al tema de Seguridad. Di clases en la Universidad Nacional de Lanús en los cursos de formación de la Policía Local y fui perito de una Comisión Investigadora de la Legislatura de Río Negro, en una causa controvertida por el homicidio de un pibe, Atahualpa Martínez (antes había participado en provincia de Buenos Aires, en el caso Candela Sol Rodríguez). En fin, Rolando, lo que te puedo señalar es que en todos mis quehaceres pongo en juego mi oficio de escribir. Si bien la poesía es otra dimensión, no es tan distinto lo que me pasa ante la hoja en blanco, sea que escriba un discurso sobre Malvinas para Naciones Unidas, un programa o proyecto para los pibes o un informe sobre un homicidio. La diferencia central es que todas estas tareas son colectivas y la escritura pretende incidir directamente en la realidad para transformarla. Un eco de esto se filtra también cuando encaro el poema. Pero soy consciente de que enderezar versos es un trabajo que nadie me pidió.

*

Seleccionamos poemas de Marcelo Vernet para acompañar esta entrevista:

Instantes cada tanto

Me pasa siempre lo mismo.

Estoy por darme cuenta y algo me distrae

o me llaman mis hijos

cuando ya estaba al borde del abismo.

No rezo. No mastico una sílaba.

Simplemente sucede cada tanto en un silencio.

Empieza como un vacío, un miedo dulce
del que creo no querer escapar, amigos.

Pero escapa el momento, el instante se cierra
y el dulce vacío se llena de otros ruidos.

Apenas quedan flotando unas cenizas,
gusto a herrumbre, en la lengua, de un olvido.

Es así que aún nunca he sostenido
mi calavera en la palma de la mano,
y vivo con la muerte que algo quiere decirme
y me distraigo y me llaman mis hijos.

*

Mientras tanto

No es que hayamos bebido la fuente de Juvencia. Lo dicen
nuestras carnes flojas, el dolor en las piernas. Pero, amigos
temo que el tiempo, secretamente, se olvida de nosotros.

Inmadurez podrán llamarlo nuestros detractores,
como nos llaman, a veces, los espejos.

Pero no alcanza esa imagen frutal para dar cuenta
de la sorda inquietud de nuestras almas que en sordina

cantan un contrapunto tenaz a todo lo que pasa.

Esta payada con el tiempo nos mantiene en suspenso

mientras crecen los hijos y se achican

las letras de los libros.

Dicen que es propio de los que han vivido un gran amor

quebrado, una guerra. Sobrevivientes de los cataclismos.

Mientras tanto celebramos nuestros ritos, nos ganamos

la vida en hostiles oficios, con la oscura certeza de saber

que otra cosa hemos venido a hacer sobre la tierra.

Así andamos, Alfredo, dando saltos,

planificando meticulosamente el próximo fracaso.

Los dos sabemos, es sólo mientras tanto.

*

Números

Mi mano sostiene tres piedritas y el número tres.

Es decir, sostiene cuatro cosas.

Si las arrojo al río, mi palma desierta sostendría

un cero que en la mano pesa más que las piedras.

Por ahora, es todo lo que sé de números y cuentas.

*

Fin de mundo

Ahora sí que dudamos, viejo René.

Sin método, rabiosamente, a dentelladas.

Nada damos, por cierto, mucho menos que el pensar nos redima.

Esto se acaba, René, y no está mal.

El fuego de la estufa lo ha incendiado todo.

*

Soplo de aire

Ella dice mi nombre como si fuera

algo que existe con todo lo existente.

Sólido y útil como una mesa, mi nombre

tendido en el aire de la siesta

cuando ella me llama, cuando nombra

mi nombre, ella que se trenzaba el pelo

con una sabiduría no aprendida,

con unos jazmines el día de la boda

en que dijo mi nombre atado a un juramento.

El pelo negro y largo como la noche,

los jazmines blancos y pequeños.

Yo diciendo su nombre en hombros del aire sostenido.

En el aire trenzados nuestros nombres por unas manos
que no son las tuyas ni las mías,
sabias manos de una sabiduría no aprendida.

*

Por cuestiones de oficio he tenido

que mentar a la muerte cada tanto.

Creo haberlo hecho con verdad y llanura de milonga.

Ahora, cuando se puede,

converso con ella por la siesta.

Ahora, cuando el insomnio o la tos

me muerden el pecho, discutimos.

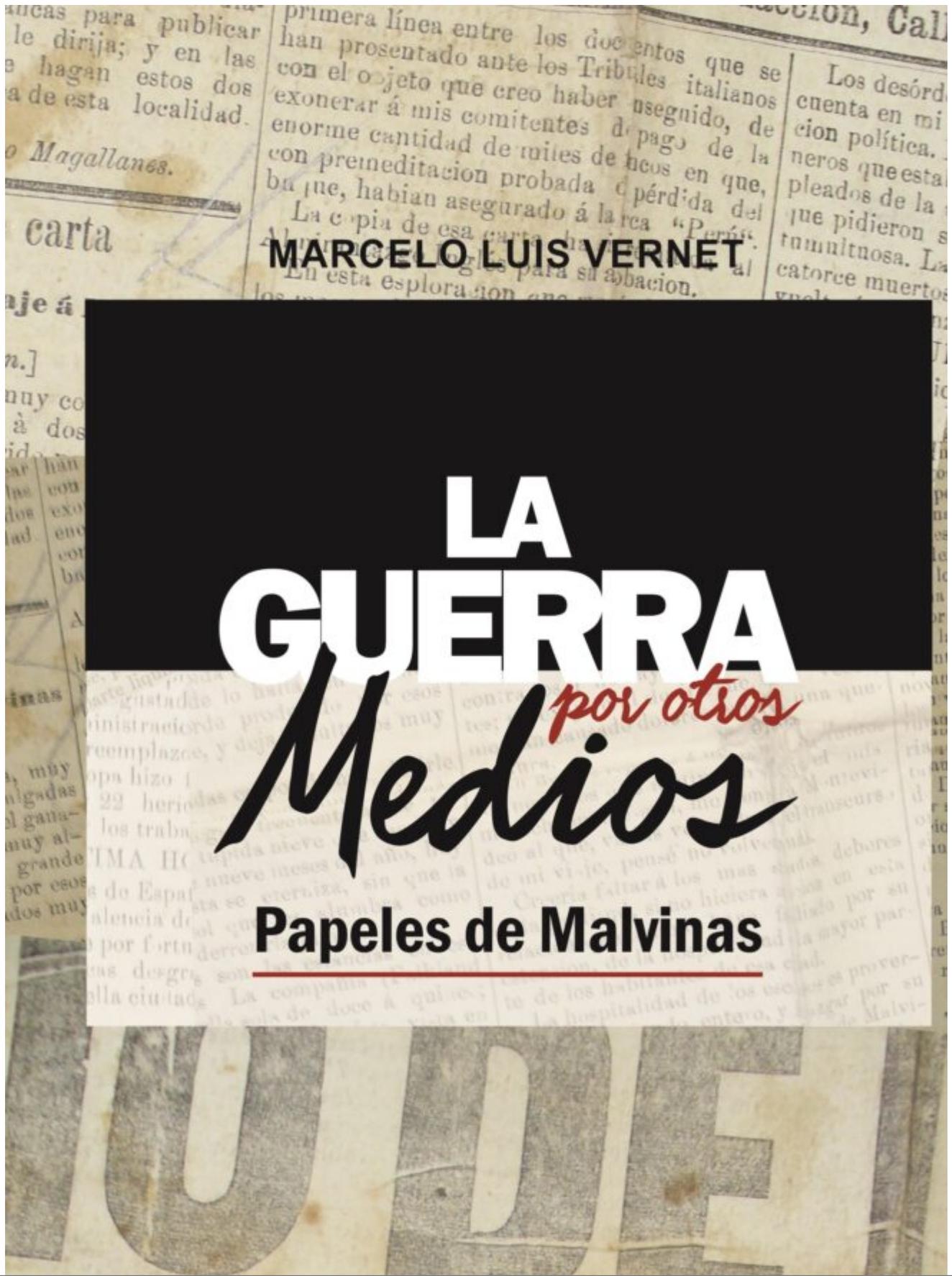
(Escrito este último poema en el hospital San Juan de Dios, La Plata. Sala 1, cama 2. Viernes 25 de agosto de 2017)

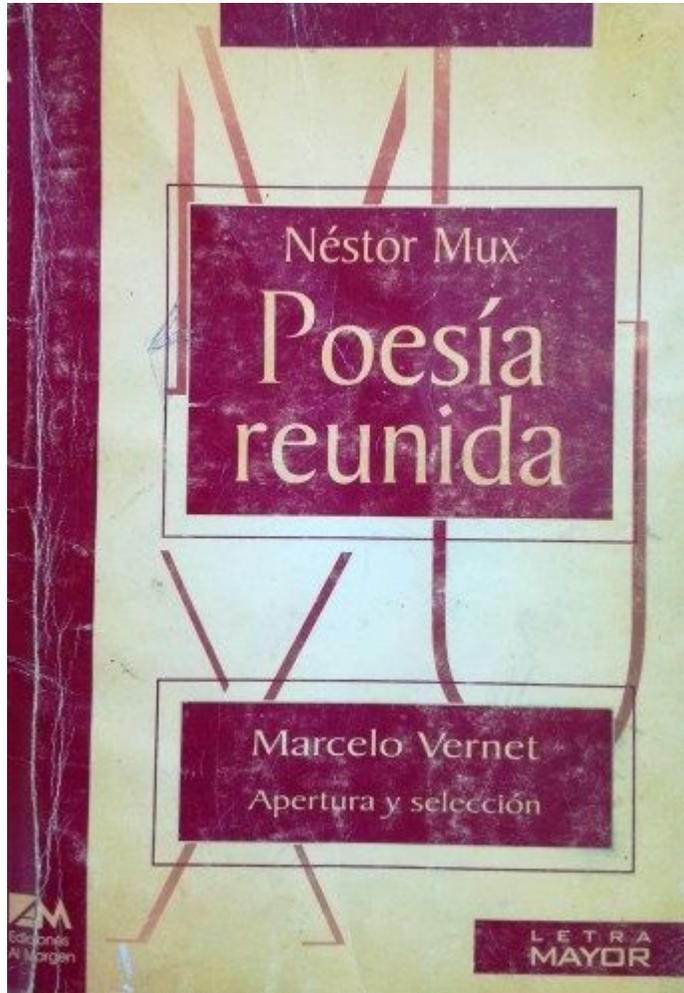
*

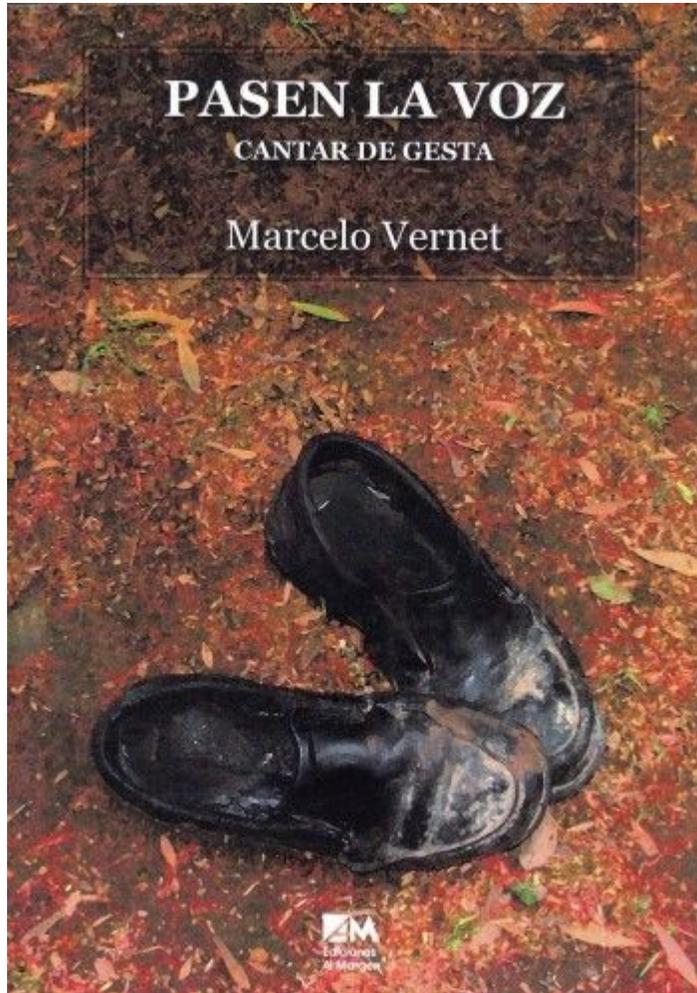
Entrevista realizada a través del correo electrónico: en las ciudades de La Plata y Buenos Aires, distantes entre sí unos 60 kilómetros, Marcelo Vernet y Rolando Revagliatti, enero 2018.

www.revagliatti.com

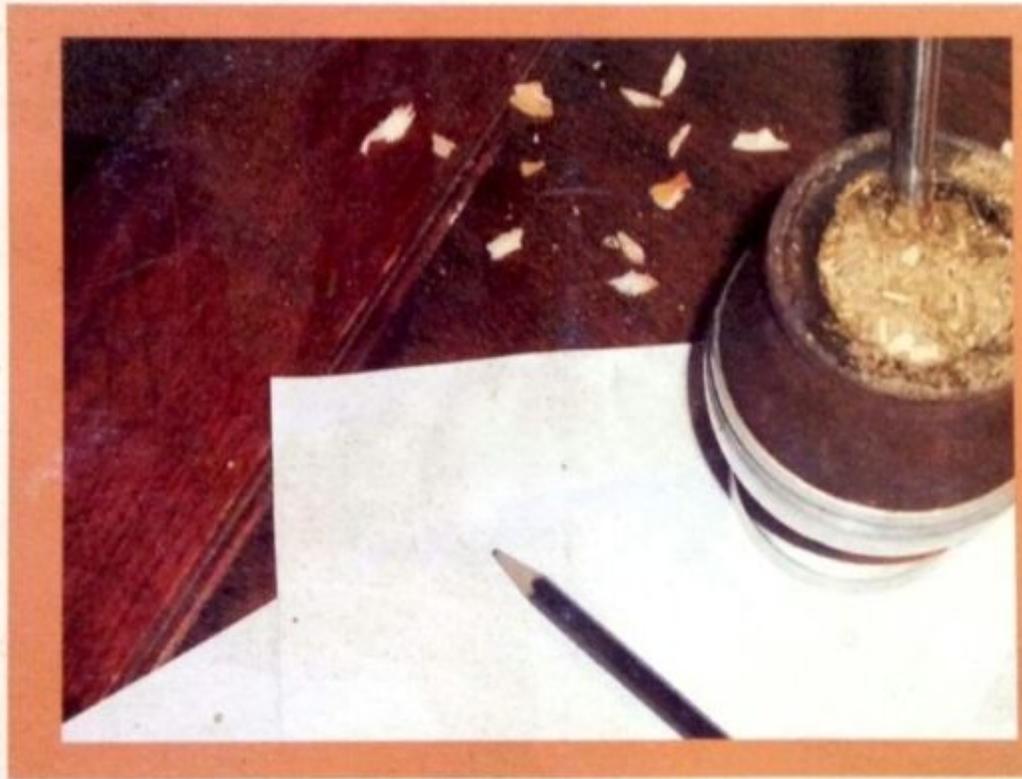
Marcelo Vernet falleció el 28 de agosto de 2017.



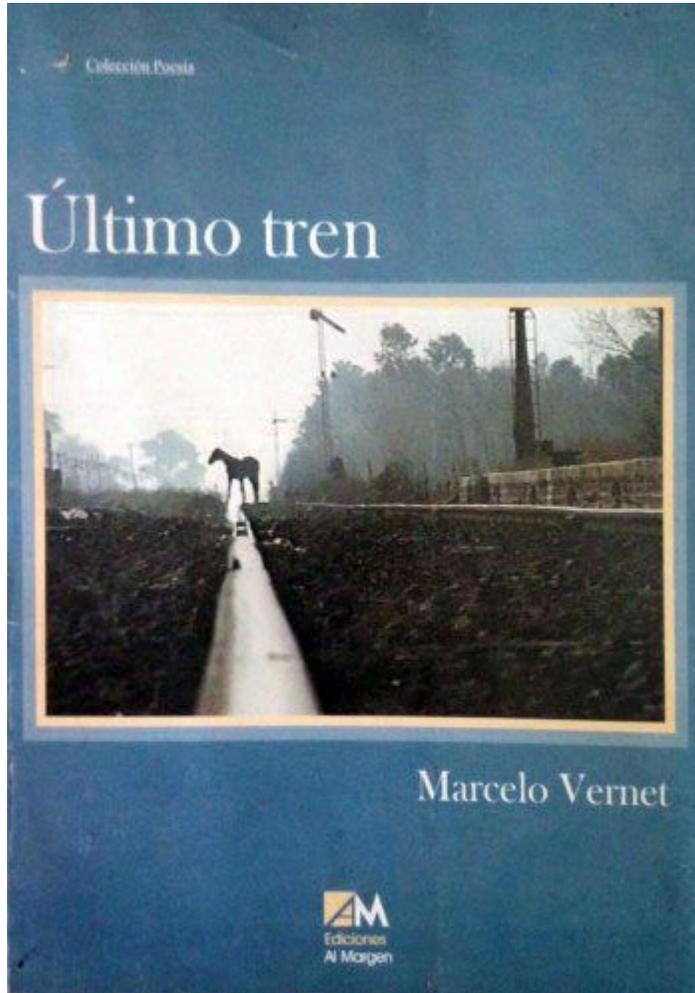




Donde Profecía



Marcelo Vernet



Fotografía: Rolando Revagliatti

Fecha de creación

2023/03/21